

LOS MONTARACES



Por

ENRIQUE
AMORIM

Los grillos embarullaban el silencio de la noche con una violencia intolerable. Impedían oír los pasos de otro hombre, los movimientos de cualquier animal, porque se interponía la multitud atropellada, oculta, en frenético estridido. Mientras avanzaba, el infernal chirrido le dañaba los oídos. Aturdido, se le hizo una pesadilla y tuvo miedo de fracasar. Avanzó un trecho tapándose los oídos. Anacleto no le había hablado de semejante suplicio. Adelantó en la senda, apartando ramas que habían crecido desde la última visita de Anacleto. Porque él lo había visto, machete en mano, cortar cuanta rama le salía al paso, y aquella senda no estaba limpia.

Continuó andando en la marea de grillos, que crecía. Cuando divisó el primer caballo, fueron los ojos fosforescentes los que se anticiparon en la selva. La noche era clara. La luna debía de andar tocando el horizonte. Cientos de orejas de caballos se irguieron a lo lejos. Cecilio endureció las piernas. Avanzó paso a paso, tomando sus precauciones. Un caballo siempre hace suponer la presencia de un hombre. Detrás de la masa compacta que se desplazaba, podría venir el hombre que arrea la tropilla. Anacleto lo había tranquilizado: "Los cabayos bajan solos a la aguada. No yegan a la oriya... Solitos vuelven a las carpas y los ranchos. Son viejos mancarrones."

Vió las vibrantes orejas recortadas contra el cielo nocturno. Y cientos de ojos fosforescentes. El bufido del primero que lo vió, espantadizo, le obligó a separarse de la senda. A la altura de los matorrales, avanzaban hacia él como con intención arrolladora. Los pelos eran zainos oscuros, barrosos. Cuando los caballos estaban a pocos pasos, bajaban el morro, olfateando desconfiados. "No conviene espantarlos — se dijo Cecilio. Mejor es alejarse..." Dejó con cautela la senda, separando el pajonal, de casi dos metros.

Mirando las ancas del último caballo lamentó no haberlos contado. "Parecían mil", se dijo. Desfilaban en fila india. Se hundió en el monte el rumor de los cascos equinos. La noche

Había caminado mucho, mucho. En la senda de los caballos el barro era duro. Debía bordearlo. Pero allí, donde se reparaba, saltaba un zorro o colaba un lechuzón. Perico, con la honda, habría limpiado Isla Mala de pájaros de rapaña. Nunca había visto tantos halcones, tanto carancho, tanto dormilón.

Pensó que la barriga lo iba a hacer aflojar. El run-run del

hambre lo acosaba. Hasta que sintió en los ojos la claridad del abra y olió en el aire el tufo del humo. Apartó las ramas de un matorral que doblaba su estatura. Mantuvo los arbustos quietos para que no lo delatase el cimbronazo. Fue reconociendo la descripción de Anacleto: el abra el rancho de La Pelada, el corral de los caballos, los palenques...

El ladrido de un perro le hi-

se presentó más solitaria. Oyó aletazos de pájaros nocturnos, el graznido del lechuzón. Le corrió un escalofrío por el cuerpo.

¿La Pelada? ¿Cómo será La Pelada? Una mujer como las otras — se puso a pensar —, más gorda, con pelos en los brazos y los hombros... ¿Como un mono? ¡Las cosas que tiene Isla Mala! Una mujer peluda... Mancarrones en lugar de potros... Me está pareciendo que no pintan bien las cosas. ¡Si por lo menos lo tuviese a Perico cerca!... Perico sí que podía ser un buen peón para Anacleto. "El hombre lo tomó en serio — pensaba Cecilio. Pión por un par de bombachas... Nunca tuve tanta pena de un hombre. Nunca. Lástima no digo, porque si me oye me descogota. A ningún pobre le gusta que se le tenga lástima. Lástima se les tiene a los perros. Pena, pena es para las mujeres y para las ánimas. Tampoco pena. Anacleto es un infeliz accorralau. Debe de ser cosa grande sentirse corrido en una isla... La maestra me enseñó: isla: pedazo de tierra rodeado de agua por todas partes. Una vez tuve que escribir eso cien veces, porque ella decía que yo no lo entendía. No era que no lo entendiese. No me gustaba que tuviese agua por todos lados. Pa mí debía tener algún lau con tierra. Porque si no, los animalitos tenían que ahogarse. En una isla como ésta se puede pasar la vida entera sin ir a tierra firme. Anacleto no puede escaparse por ningún lau; entonces, estoy como el día que la señorita Victoria me hizo escribir cien veces: una isla es un pedazo de tierra rodeado de agua por todos lados. Al terminar, había mejorau la letra. Al pobre Anacleto no le han enseñau esas cosas. Estaba hecho una guasca mordida por los perros. Me manda porque tiene miedo. ¿Qué más quiero? Yo no tengo miedo. Todavía no sé que es miedo. Anacleto me paga con unas bombachas. Pero yo sé más que él, siempre voy a saber más que él, por eso me da más lástima Anacleto. Anacleto cree que con los bigotes lo arregla todo. A mí me están brotando, pero no me los voy a dejar para abajo, como Anacleto, que a veces se los chupa..."

zo enderezar los tallos de la mata, poquito a poco, para que recuperasen su posición natural sin la más leve violencia. El ramaje se fué ordenando, juntando uno y otro tronco flexible. Al fin la visual resultó difícil, a pesar de la claridad lejana del amanecer que empapaba el cielo estrellado.

Se animó a caminar hasta el rancho de La Pelada. Bordeando el matorral le parecía

"LOS MONTARACES" es el título de la última novela de Amorim, todavía inédita. Es una novela breve, escrita en estilo directo y hablado, que muestra la lucha contra la superstición en un medio agreste centrándose en la figura de un muchacho (Cecilio) que se levanta contra viejas prohibiciones e ignorancias que explotan, en su beneficio, los poseedores de una misteriosa "ISLA MALA". El capítulo que hoy ofrecemos a nuestros lectores permite mostrar a Cecilio en la isla, enfrentando una nueva clase de experiencia e introduce uno de los personajes más creíbles de la novela: La Pelada.

que iba a enfrentar a otra bruja como la curandera. Y la sola comparación le templó el ánimo. El perro que le ladraba debió olfatear las bombachas de Anacleto, porque se tranquilizó y vino a zarandear la cola a su lado. Era un "foster" overo, bastante viejo, de cola larga y arqueada.

La Pelada no pasaba de los treinta años. Si se paraba en la puerta del rancho, todo lo abarcaba; no cabía ni el aire. Si se agachaba, no había más que tocarla con un dedo para que rodase por tierra. Y panza arriba, reía y se dejaba hacer todas las zafaduras que puede un montaraz imaginar en una noche de bailongo o en la negra oscuridad. Ella era de todos. Y no era de nadie. Moravio, el capataz, la había instalado a su servicio para que le preparase el mate, los asados, la ropa, y le curara una herida que tenía en la nuca desde hacía muchos años. Un boquete supurado. Algo insignificante, según él, pero que le obligaba a usar un pañuelo de algodón alrededor del cuello para disimular. La Pelada le cambiaba los pañitos preparados con unturas que el pañuelo sostenía. Ella siempre ponía mala cara al curarlo. Moravio no se había visto nunca el orificio que llevaba abierto en el cuello.

Cecilio se fué acercando a medida que aclaraba. Esperó hasta que La Pelada se asomó a la puerta del rancho. Salíó con el mate en la mano, arrojó la yerba a unas gallinas que la rodearon al pie de un alga-

robo, y, mientras daba golpes en la palma de la mano para quitar la yerba atascada, un hombre salió del rancho y se paró en otra senda como la de los caballos.

No era Moravio; no tenía pañuelo atado al cuello.

A Cecilio le daba lo mismo, fuese quien fuese. Para él era sólo un hombre que se dirigía al trabajo. Porque no transcurrió mucho tiempo antes de que se oyese los golpes de hacha, los mismos que creyó oír en el primer amanecer. Pero éstos sí, no los traía la cuenca del río o el viento, ni se desvanecían de pronto: A medida que se iba levantando el sol se elevaban los hachazos. La brisa les abría paso entre la selva.

Avanzó resueltamente. Iba a dar dos palmadas frente a la puerta, cuando La Pelada la llenó con su presencia. El perro ya se lo había advertido. Anacleto debía de andar por allí.

No era Anacleto; era un extraño. Con aquellas ropas, La Pelada nunca había visto a nadie tan hermoso. Pensó rápidamente si así había sido Anacleto en su juventud. O si alguno de los más apuestos de los montaraces algún día llegó a ser tan buen mozo como aquél que se le presentaba. "Lindo, lindo hombre" — pensó. A esa edad, más de uno se le habría ido encima. Hacía aun poco tiempo, un padre calavera se presentó a su hijo para que "hiciese" con ella. Le dió un

(Pasa a la pág. siguiente)

Caja de Jubilaciones y Pensiones de los Trabajadores
Rurales y Domésticos y de Pensiones a la Vejez

TRABAJADOR DOMESTICO

DEFIENDA SU DINERO

DEFIENDA SU TRABAJO

DEFIENDA SU FAMILIA

A FILIESE A CAJA RURAL

EL DIRECTORIO

(Viene de la pág. anterior)

empujón y lo metió en el rancho. Justo de la edad de Cecilio. Pero nunca tan bien forzado, tan esbelto.

—Me manda don Anacleto — dijo Cecilio apartándola de la sorpresa.

Por primera vez, Anacleto era llamado en forma respetuosa. La Pelada sonrió. "¿Será lo de siempre? Empieza temprano" — pensó.

—Me manda buscar yerba... y pa saber si ya se amansó el Capataz.

La Pelada sabía establecer diferencias que dependían de la manera como uno y otro montaraz le dirigía la palabra. La voz de Cecilio la mantuvo en una grata expectativa.

—Quiere saber si se amansó el hombre — repitió con engolada voz, seguro de sí mismo.

Se trataba del imaginario Moravio. "Sí — podía contestar ella —, se amansó en seguida. Ya ni se acuerda de la pelea con Anacleto. Que vuelva y se deje de "matrrear". Esto podía responderle y, sin más, entregarle la yerba, el tabaco, algunas achuras; y que el desconocido se largase a buscar a Anacleto escondido en la selva. Pero...

—¿Unos mates? ¿Gusta? — preguntó La Pelada con gesto familiar.

Cecilio hizo un afirmativo movimiento de cabeza. Debía de haber gritado que sí. Tenía la boca seca. Los ojos aureolados. Las piernas molidas. Toda la noche había marchado para enfrentar a La Pelada, para comprobar que de su rancho sale un extraño y aceptarle, al fin, un mate, de buena gana.

La Pelada le acercó un bano de ceibo. Si Cecilio no hubiese suspirado tan hondo al sentarse estirando las piernas, La Pelada no habría advertido su lamentable estado.

—¿Mastrugó mucho? — dijo la mujer. Parece que Anacleto anda lejos...

Cecilio no quiso entrar en precisiones. No había dormido; eso era todo. "Si Anacleto está escondido — pensó — van a saber de dónde llevo. Hay que callarse la boca".

El mate estaba sabrosísimo. No bien se lo pasaba la mujer, se lo devolvía esperando que ella procediese en igual forma. Pero La Pelada era lenta en sus movimientos. Se distraía avivando el fuego. Debía de haber mateado con el hombre que desapareció con las primeras luces, porque el agua ya estaba caliente.

—Podía poner al fuego una riñonada que quedó de anoche — dijo La Pelada. ¿Quiere achurar?

—Me gustaría — respondió Cecilio —, pero deje que yo me las arregle.

Por lo general los hombres mandaban. Cecilio era distinto.

LOS MONTARACES

La Pelada trajo un plato grande con el montón de riñones a medio cocinar. Oían bien. Cecilio los acercó a las brasas. Desde el fogón levantó la cabeza y divisó el interior del rancho. Una cama revuelta, con plumas de avestruz en la cabecera. Una mesa, un cuero de cordero por el suelo, montones de ropa, yerba y lana sueltas, los cueritos de gato montés y un pellejo de ampalagua colgado del techo.

—Tengo galleta también... — dijo la mujer.

Ella lo miraba tomar mate, y cada vez que Cecilio levantó la vista, trató de disimular la sincera admiración que el muchacho le despertaba.

Los riñones tomaron otro color. Iban de una a otra mano, pinzados, por las puntas de los dedos. Le parecía que no debía usar el cuchillo. Al fin, con el estómago lleno, se sintió con fuerzas para observar el ambiente que lo rodeaba.

La Pelada preparó la cama tateando un tango. El aseo del piso de tierra le trajo basura hasta el umbral de la puerta. Sus miradas curiosas se entrelazaron con las del forastero. Ambos querían observarse soslayando el interés.

Un rayo de sol atravesó la densidad del monte tupido hacia el naciente. Ya el perrito se le había echado a los pies.

—¿Fuma? — le preguntó La Pelada — ¿No pita? — insistió en la breve pausa en que Cecilio titubeaba, porque el no fumar en aquel trance le parecía un hecho que lo disminuiría.

—A veces... cuando hay... — Anacleto debe de andar sin tabaco. Lo esperaba con un naco de lo mejor y chala de la buena.

—Cuando quiera puedo pagar la vuelta — agregó Cecilio.

La Pelada no quería que se fuese. Por lo general, los hombres no se iban tan pronto. Cuando alguno caía a verla, la visita era larga.

Las carnes de La Pelada le temblaban a cada movimiento. Pero eran firmes y no producían mal efecto. Los brazos, a pesar de estar cubiertos de vello espeso y negro, y las piernas, disimuladas por momentos por una larga pollera liviana, no la hacían repulsiva. Si Cecilio no se sentía desagradado era porque los ojos de La Pelada se le hicieron familiares. Tal vez le recordaban los de la última vaca lechera que ordeñara. Cuando inclinaba la cabeza para hablarle, se le representaba el recuerdo de las tamberas agradecidas. Ella se acercó y le preguntó en voz muy baja:

—¿Sabe escribir?

¿Sería posible que aquél espléndido muchacho no supiese escribir?

—Un poco, sí... no mucho... me defiendo regular.

El suspiró. Había terminado de liar un cigarrillo de chala con muchas dificultades. La mujer sonrió levemente.

—¿Me quiere ayudar? — preguntó, con vivos destellos en los ojos.

—¿Por qué no?... Puede mandar no más...

—Una carta cortita, pocas palabras... para... para...

Cecilio había alzado la cabeza. La miraba sin reparos, cara a cara. Fumaba. La yerba ya había aflojado y el mate se podía mantener un rato en la mano. Su mirada era interrogante. No quería interrumpirla. Esperó. Según para quién fuese la carta, aceptaría. El decidiría.

La mujer lo miró con visible ternura. Le resultaba extraño que un hombre casi hecho, como aquel muchacho, resistiese tanto tiempo a sus miradas.

—Una carta... pa... pa mi madre — dijo de golpe.

Le costó formular el deseo. "Para su madre". "Como si no tuviese derecho a tener madre" — pensó Cecilio.

Si, podía escribir una carta para la madre y gustoso la ayudaría.

Guardaron una larga pausa. Cecilio llenó el mate. Se lo tendió a la mujer, y en ese instante descubrió sus dientes blancos, cuando entraba la bombilla en la boca. Ella sintió que Cecilio la miraba en forma distinta. Y sonrió, porque siempre sonreía a los hombres en los momentos de satisfacción.

—Venga, antes que sea tarde... Después no vamos a poder...

En el rancho había una mesa de pino y unas listas impresas bajo un candil. La mujer quitó una hoja. Le pidió que escribiese en el reverso. Sacó lápiz de una caja de cartón. Se sentó al borde de la cama y permaneció inmóvil, observando los movimientos de Cecilio. Este hacía tiempo que no escribía. La cuartilla tenía una forma irregular a su modo de ver. Necesito acomodarla a la vista. Miró una y otra vez la punta del lápiz. Se lo llevó a la boca antes de escribir las palabras rituales en una carta como aquella. "Querida mamá" — dijo en voz baja, esperando la aprobación de la mujer. Ella bajó la cabeza. El descubrió que tenía algunas canas la negra cabellera suelta. Hizo una pausa. Entraba un raudal de luz por la puerta. Mediaba entre los dos la mesa exigua con el candil y nacos de tabaco.

—¿Qué quiere decirle? — preguntó.

—Que ando bien — dijo la mujer —, de salud... que le voy a mandar unos pesos, cuando pueda... que... me gusta donde estoy...

Cecilio levantó la cabeza. ¿Era un reproche lo que iba a hacerle? Ella lo comprendió sin demora.

—Güeno... ¡qué más remedio!... Hay que decir algo. ¿No le parece?

Lo miró en tal forma que debió sonreír, como si él aceptase la complicidad. Movió la cabeza de un lado a otro y se inclinó resuelto a escribir las frases que se le pedían. "De salud, bien. Mandar unos pesos pronto. Me gusta donde estoy"... Había que cumplir el pedido sin reparos. No era engorrosa la plana. El lápiz andaba a las mil maravillas. El papel era recio y no se arrugaba. Sólo que de cuando en cuando había que cambiar la posición de la hoja

porque las vetas de la madera entorpecían el trazo. Maniobraba sin levantar la cabeza, lentamente, ya luchando contra el sueño que empezó a pesarle en los párpados. No era de hombre dejarse vencer por una noche en claro.

Terminó de escribir las tres frases convenientes. La letra le había salido clara.

—¿Qué más? — preguntó.

La Pelada sonreía con cierta malicia. A Cecilio no le gustó. Debí sonreír para corresponderle, porque ella insistía, a fin de cuentas. Pero el trance no le gustaba.

—Nada más — dijo. Ponga mi nombre: Encarnación de la Cruz.

Cecilio repitió: "Encarnación de la Cruz" — antes de escribir.

—Sí, Encarnación... Puede llamarme Encarna, si quiere. Como me llamaban antes...

Bajó la vista dispuesto a escribir el saludo de despedida. "Sin más, dijo en voz alta, el cariño de su hija que la quiere..."

Hablaba ahora, mientras escribía, esperando la aprobación. Cuando terminase, levantaría la cabeza para semblantear a la mujer.

Pero levantó la cabeza y no encontró la sonrisa maliciosa. Ni los ojos vivaces, entrecerrados. En la boca halló un gesto

de amargura. Los ojos velados por la humedad de las primeras lágrimas. Parecía invadido por una gran tristeza.

Cecilio la contempló un instante. El respeto por el doctor ajeno le hizo alejar la vista. Fue doblando la carta, despacio. "Estará llorando — pensó. Una madre... Es natural..."

Cuando pasó una y otra vez el dorso de la diestra sobre el papel plegado, la mujer le dijo: —Rompaló... rompalo... — la voz turbia. Yo no tengo madre... nunca la conocí... le hice para...

Cecilio no tenía valor para encararla. Ella se había burulado, y ahora lloraba.

—Rompalá... Le pedí que la escribiese para poder mirarlo un rato sin que se me viniese encima...

Hizo una pausa. —Todos se me echan encima en seguida... Y yo quería mirarlo un poco.

Cecilio dejó la carta a un lado. "Quizás no diga la verdad" — pensó.

Se puso de pie y salió del rancho. No sabía si odiarla o pedirle disculpas. Si insultarla o hacerle una caricia.

Esperó afuera. El aire de la mañana se tomaba a pulmón lleno.

Por todos lados se veían pájaros, se les oía cantar, cerca, lejos, entre el golpetear de las hachas, por el aire...

La Pelada se le acercó con

(Pasa a la pág. siguiente)

LIBROS BARATOS

OBRAS DE "O. S. MARDEN"
Volumen encuadernado en tela \$ 3.50

El secreto del éxito. — El dueño de sí mismo. — Eficiencia personal. — Ejemplos estimulantes. — Elección de carrera. — Siempre adelante. — Perfeccionamiento individual. — El crimen del silencio. — Sobre la marcha. — El camino de la prosperidad. — Economía y ahorro. — Psicología del comerciante. — El éxito comercial. — La mujer y el Hogar.

OBRAS COMPLETAS DE SIGMUND FREUD
Volumen \$ 4.95

Una Teoría sexual y otros ensayos. — El chiste y su relación con lo inconsciente. — La interpretación de los sueños. — Introducción a la psicoanálisis. — La interpretación de los sueños. — Totem y Tabú. — Psicología de las masas y análisis del yo. — La Histeria. — Inhibición, síntoma y angustia. — El análisis profano. — Psicología de la vida erótica. — El porvenir de las Religiones. — Historias clínicas de la Psicoanálisis (2 tomos).

Manual de curación naturista, Dr. E. Alfonso	\$ 5.25
Viva más sano y más feliz, Gayelord Hauser	4.50
Fortaleza su personalidad, N. D. Lafuerza	2.25
Tratamientos naturistas prácticos, Prof. Dr. Ianni	5.30
Las llaves de la vida, Dr. Manfred Curry	14.00
La salud por la alimentación, G. Tallarico	4.50
El Niño, Drs. Schwarzenberg y H. Romero	4.50
Escuela de vendedores, Harold M. Haas	4.50
Como se triunfa en la vida, J. Blasco Lahoz	3.50
Como expresarse bien, D. Velasco	3.50
Como dirigir a otros, N. D. Lafuerza	2.25
Como vender más y mejor, N. D. Lafuerza	2.25
20 consejos para futuras madres, Dr. C. Carceller	4.50
Carácter revelado por los signos, C. M. Espinalt	3.50
Agilidad, equilibrio, elegancia por la Gimnasia, Dr. Nogués	4.50
Como debe la madre cuidar de su hijo, Dres. Trias y Calsfell	4.50
Lo que dice tu cara, C. M. Espinalt	1.50
Alimentese mejor y gaste menos, Dr. M. Taverna	4.50
Triunfe educando su mente, W. J. Ennever	4.50
Como alcanzar éxito en tu matrimonio, Dr. E. Chesser	3.50
Los caminos del éxito, J. W. Ford	2.50
Como aprovechar las 24 horas del día, A. Bennett	1.50
El dominio de sí mismo, J. W. Ford	2.50
El Triunfador, Peter B. Kyne	1.50
Manual del mejoramiento diario, J. W. Ford	2.50
Biografía del hombre triunfador, J. W. Ford	1.50

Y 200 títulos más en exposición. — Solicite lista detallada de ofertas. — Enviamos por contrareembolso.



GALERIA LIBERTAD
PLAZA CAGANCHA - MONTEVIDEO

ACABA DE APARECER

Dr. ALEJANDRO ARIAS

Doctor en Filosofía y en Ciencias de la Educación
Ex - Profesor en la Facultad de Humanidades y Ciencias

**FILOSOFIA
DE LA
EDUCACION**

Prólogo del Dr. Emilio Oribe
II Edición

De próxima aparición
JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN
por LAUXAR
Homenaje en su centenario

La Casa del Estudiante

EDUARDO ACEVEDO 1422 — Montevideo — Uruguay

OTRA VUELTA DE TUERCA

★ Mi amigo el Sr. Eugenio Coseriu publica en algunos periódicos de la capital una extensísima carta abierta en respuesta a mi respuesta de su primera carta sobre Milón o el ser del circo (MARCHA, setiembre 2). Alega, lo que es correcto, que MARCHA no quiso publicar esta respuesta; la carta misma explica por qué: su desmesurada extensión no agrega ningún nuevo elemento a los puntos en discusión y sólo sirve para demostrar la erudición enciclopédica del Sr. Coseriu y los agravios que tiene contra mí. No agrega nada porque el método del Sr. Coseriu para refutar lo dicho por mí no es citar a Espínola en su texto de Milón sino negar que las palabras del diálogo que yo cito textualmente tengan el sentido que tienen. Tal vez su amistad con Espínola le permite conocer hasta los pensamientos más secretos del autor; pero conviene recordar que lo que debía estar en discusión no es lo que Espínola quiso decir (y no dijo) sino lo que el diálogo realmente dice. Desde este punto de vista la única manera de discutir fructuosamente es citando, con cada corrección, su mismo texto. Esto no lo hace el Sr. Coseriu. Para negar la filiación croceana (propuesta por mí y respaldada con citas concretas) no aporta textos; aporta afirmaciones de que ya lo dijo Platón o Plotino (lo que no impide que también lo haya dicho Croce en palabras que el texto de Espínola parafrasea) o de que Dewey también usa la palabra expresión (como si yo hubiera basado la relación Espínola-Croce en el uso de la palabra y no en el uso del concepto, según ya demostré).

Otro rasgo del método crítico del Sr. Coseriu (que él mismo ubica en el plano académico) es poner entre comillas palabras que yo jamás he usado contra Espínola, sin aclararle al lector que esas palabras no son mías; de este modo confunde la confusión y alguien se aprovecha de ella. No veo a qué puede conducir todo este carterío. Si lo que busca el Sr. Coseriu es defender a Espínola ¿por qué no empieza por leer bien mi nota? Podrá advertir entonces que lejos de ser un ataque es una valoración. Que yo haya sostenido la filiación croceana de Espínola o que haya sostenido que los alemanes refutaron a Croce, no disminuye en nada a Espínola; apenas lo sitúa. Más lo disminuye la afirmación del Sr. Coseriu de que es muy original y de que su teoría de la imposibilidad ante la obra de arte se basa en una aberración estética (véase párrafo 10 de la primera carta del Sr. Coseriu en MARCHA). Los amigos de Espínola deberían designar a otro amigo para defenderlo de las defensas de este amigo.

En cuanto a la calificación del lenguaje que creó Espínola para su diálogo, nos divide todavía la misma discrepancia ya ventilada en las primeras cartas. El Sr. Coseriu —que aprendió castellano hace menos de cinco años (*)— no considera estilizado y funcional. Mi desacuerdo, otra vez, se basa en la lectura del mismo texto de Espínola. Para mayor ilustración del lector, publico junto a ésta un breve folleto.

Una cosa sin embargo es totalmente nueva en la respuesta del Sr. Coseriu a la respuesta mía a su primera carta. Ahora el Sr. Coseriu no me abruma con su amistad. En la primera esta invocada amistad le autorizaba (en el plano académico, claro) a citar torcidamente mis palabras, atribuirme imaginarios errores de información, trasladar adjetivos de frase a frase, negar el menor valor a las dos páginas de MARCHA en que analicé la obra de Espínola. En la nueva carta, por el contrario, se toma la libertad de satirizarme en el plano académico). Aunque ama a la humanidad, se declara explícitamente, parece no incluirme ahora en ella ya que insinúa que soy un falsario y un libelista. Comendaría la acusación si la hubiera hecho Espínola. El crítico debe estar dispuesto por anticipado a comprender y soportar la vanidad del autor; pero la vanidad de los amigos y colegas del autor, ya parece excesiva.

E. R. M.

*) Esto no disminuye (tal vez) su condición de hablante escribiente pero puede disminuir su condición de crítico literario, función que insensiblemente usurpa en la primera carta.

NUEVOS LIBROS

ALEJANDRO C. ARIAS: FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN. Prólogo de Emilio Oribe. Montevideo, La Casa del Estudiante, 1955. 2ª edición. VIII — 339 pp. impresas a mimeógrafo.

FRANCISCO P. MARTORANA: SUEÑOS DE JUVENTUD. Montevideo, Editorial Letras, 1955. 364 pp. En unas Confidencias preliminares el autor califica a la obra de "Apuntes para una novela".

JORGE MEDINA VIDAL: PARA EL TIEMPO QUE VIVO. (1952/55). Montevideo, Ediciones Eme, 1955. 59 pp. Con una ilustración de Alpuy. Segundo libro de poemas del autor de Cinco sitios de poesía (1952).

FEDERICO MORADOR OTERO: TENTATIVA. Montevideo, Editorial Los Nuevos, 1955. 62 pp. Poemas.

ANTOLIN R. LASSUS: 100 POESÍAS A LA BANDERA. Montevideo, 1954. 120 pp.

F. NOGUEIRA DE LOPEZ CADENAS: CONTINENTE DE INMORTALES, NOTAS DE MI MADRE y VILLAUROBA. Montevideo, 1955. 139 pp.

DELIA FEIN: SEMANTICA Y ESTILISTICA. Montevideo, Editorial Letras, 1955. 337 pp.

Un Lenguaje Funcional y Estilizado

Al comentar Milón y después de examinar el lenguaje de su declarado modelo, Valéry, dijo MARCHA: "Toda la abstracción se fija en imágenes que pierden su realidad concreta debido a la estilización del lenguaje, que dejan de ser cálidos seres de circo y se convierten en signos, palabras echadas sobre el papel con una parsimonia, una lentitud, una frialdad marmórea que nuestro lenguaje no conocía desde que José Enrique Rodó publicó sus "Motivos de Proteo" (1909). Y se agregaba: "No digo que todo el diálogo esté escrito de este modo, en un lenguaje inventado (...). Digo que hay suficientes pasajes en que la palabra abstracta, o la imagen seudo poética (de mala poesía) irrumpen y consumen totalmente la sustancia verbal, impidiendo que la aceptación del pensamiento se extienda también a la aceptación del texto." El pasaje abajo transcrito está en las páginas 3 a 6 del libro (Montevideo, 1954).

HIPÓLITO

La parada toca a su fin. Tras el brillo de las chisteras de tan espigadas malabaristas, ahora desaparecen los últimos clowns seguidos por los bíceps y el pecho de atletas, por acróbatas que parecen pisar sin peso un suelo que no fuese el nuestro... Y, cerrando el desfile, impenetrables hindúes se alejan ya, mecidos en el vasto frontal de las moles de sus cinco elefantes...

HELENA

Sí, con feliz exactitud hemos acudido. Me contraría perder instantes como éste, que se me antoja trascendental, en que el corrimiento de una cortina o, tal ahora, la iniciación de esas voces de los cobres ejecutan en el tiempo su tajo, como en triunfo conducen el vacío que establecen para situarlo lejos de nosotros, sobre una rama inalcanzable de la nada, y lo libran a un transcurrir ideal.

NÉSTOR

¿Cómo?... ¿Transcurrir ideal, has dicho... si no he escuchado mal?

HIPÓLITO

También a mí, Helena, se me antoja solemne ese momento, interpuesto a modo de la varilla del marco de un cuadro, en que algo, cortina que se despliega, brusca perturbación de la quietud y del silencio, algo que no participará sino para dar su ¡Alto! a cualquier osadía —la espada del Arcángel— separa el mundo real del mundo del artístico artificial. Y en que, delante de nosotros, un tiempo clausurado, en absoluto desierto de lo natural, y a él inasequible, gracias a actos expresivos puéblase de formas —como si se viese una melodía— y con su distancia las defiende de caer en el suelo de la verdad...

HELENA

¡Míremos! A las guirnaldas de las altas lamparillas agrégase ahora un poder de fanales que se ocultan tras su luz. La dispersa cuadrilla de lacayos, atraída hacia las caladuras de la entrada como al brusco imperio de un imán, establece dentro de su doble fila

el espacio por donde alguien, sin duda una "écuyère", entre los bramidos de esa súbita cólera de leones se nos va a revelar. Y ella ya llega. ¡Oh! Junto —y nítida— al blanco cuello del caballo, que ahora es detenido, que dobla los blancos cabos delanteros y, sumiso, ya abate ante nosotros la blanca testa empenachada, es el escudo de un dios; imagen en presea de la voluntad.

NÉSTOR

Pero, advierte, la celan. Hacía el centro de la pista, sobre esplendentes botas, el custodio ostenta delante de un chaquet su comba blanca. Y a modo de advertencia, un látigo en el aire a sí mismo se castiga.

HIPÓLITO

Raudos comienzan a deslizarse mujer y bruto por el ruedo, sin pretender sobrepasarse, desprendidos y exactos, con la libertad de las notas de un acorde. Y de ese bote que fué vuelo, apreciemos cómo el cuerpo acaba de erguirse aún más cerca de la luz, de pie en la grupa que incansante se desplaza y, a la vez, rehusa a poder alguno que la muchacha otra cosa ya sea sino la estatua sobre su pedestal, de estable y de tranquila.

HELENA

¿Quién pudiera apoyar el alma como en un capullo sobre ese sueño de gasas y músicas que alientan a la doncella; que parecen auparla para que asome al a ellas mismas vedado mundo de lo ingravido donde, en efecto, van rozando los cabellos hechos halo! ¿Quién lograra desde allí, desnudo de todo lazo, como cogido al ala del sonido, asistir a ese asilarse en el deseo, a ese, ¡ay!, efímero relámpago de enclaustramiento en lo imposible que va esa joven a alcanzar ahora, pues una pierna en el vacío, la otra se ha empinado en la atalaya de su dedo mayor. Y así, en fuga de la pesantez, escamoteada a los sedientos la... del planeta, una sonrisa de victoria se adelanta ya hacia puertas sin duda alzadas para ella; que toda ella es la aspiración misma del sueño.

LOS MONTARACES

(Viene de la pág. anterior)

una bolsa de arpillera llena hasta la mitad. Se la tendió sin mirarlo. Cecilio buscó la mirada de la mujer. Ella miraba al suelo, humillada.

—Hasta la güeita — dijo Cecilio. Adiós, Encarnación.

—Dígale a Anacleto que puede volver... No le va a pasar nada.

Cecilio le tendió la diestra. La mujer apenas rozó la palma de la mano. Una sombra habría pesado más en su mano callosa.

Sentíase crecer el monte, agrandarse. El sol entraba por todos lados, como en llamarradas. El perrito lo acompañó un buen trecho. Cuando comprobó que no lo seguía se separó de la senda hasta escoger el árbol bajo el cual se echaría a dormir.

No le interesaba el contenido de la maleta. Al reposar en ella la cabeza, sintió el rico aroma del tabaco en rama. Y se fue durmiendo entre olores penetrantes, a la sombra de un finísimo lapacho, oyendo a Encarnación:

—Lo hice para poderlo mirar... Yo nunca tuve madre...

MARIA LUISA SILVA NEVES

Masajes médico-estéticos
Pedir hora: 9 09 85
Agraciada 1464

P. 16 - Ap. 103

SUREÑA OFRECE

GRANDES OBRAS SOBRE LINGÜÍSTICA

- | | |
|------------------|--|
| BRUNEAU, Ch. | —Petite Histoire de la Langue Française. |
| BALLY, Ch. | —Linguistique Générale et Linguistique Française. |
| BRUNOT, F. | —La Pensée et la Langue. |
| DAUZAT, A. | —Phonétique et Grammaire Historiques de la Langue Française. |
| MEILLET, A. | —La Méthode Comparative en Linguistique Historique. |
| MAROUZEAU, J. | —Précis de Stylistique Française. |
| ULMANN, S. | —Précis de Sémantique Française. |
| MAROUZEAU, J. | —Traité de Stylistique Latine. |
| CRESSOT, M. | —Le Style et ses Techniques. |
| BALLY, Ch. | —Traité de Stylistique Française. |
| WARTBURG, W. | —Problèmes y Méthodes de la Linguística. |
| CASARES, J. | —Introducción a la Lexicografía. |
| ALONSO, M. | —Ciencia del Lenguaje y Arte del Estilo. |
| BUHLER, K. | —Teoría del Lenguaje. |
| QUILLET | Dictionnaire de la Langue Française. |
| DAUZAT, A. | —Dictionnaire Etymologique. |
| MAQUET, Ch. | —Dictionnaire Analogique. |
| GRANDSAIGNES, R. | —Dictionnaire des Racines des Langues Européennes. |
| MARTINON, Ph. | —Dictionnaire des Rimes Françaises. |
| CUYAS, A. | —Diccionario Inglés-Español y Español-Inglés. |
| VELAZQUEZ | —Diccionario Español-Inglés e Inglés-Español. |

Pedidos Individuales a Todo el Mundo

S. A. Productora Artística
SUREÑA

Palacio Salvo-Subsocio — Teléfono: 9 05 27